

Havana Revisited

Verónica Aranda

Cuando Lisette puso punto y final al poemario, fue consciente del calor húmedo que se respiraba en el cuarto y sintió una ligera náusea. Ya era el segundo corte de luz en el día y echó en falta el ventilador que, aunque desvencijado, la aliviaba un poco en la canícula habanera de junio. El último poema le había salido más social que de costumbre, cargó las tintas y se centró en la carencia, en el hambre de tantos poetas que no podían comprar carne de res. «Hambre milenaria», repetía al comienzo de cada estrofa, y los versos, que se habían ido gestando durante meses, ahora resonaban incesantes en su cabeza.

Los libros, apilados en la estantería en triple fila, se volvieron a caer. Suspiró profundamente. En su regazo se posó la antología amarilla editada en Austral de Fernando Pessoa, que de tanto leer y releer ya estaba deshilachada. «El día que me gane un premio gordo, le pondré una encuadernación de lujo», pensó. Los críticos decían que tenía una poética muy «pessoana», de línea metafísica y estilo analógico, pero extrapolado al ámbito caribeño. Guardaba todas las reseñas y recortes amarillentos en un álbum; la mayoría eran elogiosos, pero qué poco le rentaba la literatura. Los calambres que sentía en el estómago muchos mediodías no se los quitaba nadie. Fue a la cocina y comprobó con resignación que ya habían agotado el arroz del mes. Abrió una lata de atún, que guardaba como oro en paño, y la comió de pie, con voracidad.

Tenía que ir al Cerro, a imprimir el poemario en la oficina donde trabajaba su hermana, para enviarlo a concursos e intentar ganarse unos pesos y más invitaciones a recitales. «¿Quedaría tinta? ¿Tendrán suficiente papel?». Mientras se vestía y se maquillaba en el espejo del baño para camuflar un poco su rostro demacrado y enjuto, seguía dándole vueltas al último poema. Ya empezaba a atormentarse con la autocensura, dudaba si le pondrían

problemas o le harían el vacío al libro por criticar al sistema y su dialéctica, que determinaba el destino y aspiraciones de muchos.

Salió de su casa y tomó la avenida hacia el Coppelia. A las pocas cuadras, paró un minuto a coger aliento. Se sentía débil en las últimas semanas. La hemoglobina le había vuelto a bajar y no era tan fácil conseguir carne de caballo en el mercado negro a un módico precio. Su marido hacía semanas que había tirado la toalla y se quedaba dormitando en el sofá o leyendo filosofía oriental. Tanto conocimiento desperdiciado, pensaba, cada vez que se comunicaba con sus amigos extranjeros. «Él es un humanista, un hombre del Renacimiento, podría estar en cualquier universidad del mundo transmitiendo su erudición. Pero aquí nadie lo valora lo suficiente. Su trabajo se limita a maquetar un periódico literario que sale una vez al mes».

Cuando llegó a la parada de autobús, tenía la camiseta empapada de sudor. La cola era bastante larga. Delante de ella, una pareja de novios discutía por unas fotos que habían aparecido en Facebook. Trató de abstraerse de la realidad, vulgar y virtual, que la deprimía aún más, y fijó la mirada en la parada de taxis. De repente, vio como un hombre idéntico a Fernando Pessoa —con gafas redondas, bigote fino, sombrero de época, pajarita y un largo abrigo negro de corte antiguo, completamente inapropiado para el clima de La Habana— se metía con prisas en un almendrón. Se quedó paralizada, sin respiración, y cuando quiso reaccionar y acercarse para comprobar que aquel hombre era de carne y hueso, el taxi ya se alejaba en dirección al Malecón.

—Muchacha, pasas demasiado tiempo entre libros. Es normal que se te aparezcan escritores, que fantasees con esos literatos muertos que vienen a ti —le comentó su hermana mientras preparaba café—. Creo que te vendría bien tomarte un descanso, ir unos días al pueblo y no abrir un solo libro.

—Te juro que era el mismísimo Fernando Pessoa. ¡Caballero! Iba hasta vestido de época y con esa cara de eterno despistado. No es un delirio de escritora. He visto tantas fotos tuyas a lo largo

de los años, en los libros, en los documentales. Sé que es él. Y no pararé hasta encontrarlo.

Su hermana trató de no tomarla muy en serio, y cambió en seguida de tema. De lo difícil que era encontrar huevos tras el huracán. Que las gallinas estaban estresadas y apenas ponían. Pero Lisette ya no la escuchaba ni le interesaban lo más mínimo las carencias cubanas. Su mente iba a mil por hora y empezaba a trazar mapas.

Apenas se imprimió el poemario, lo guardó en la mochila y se fue precipitadamente. Tenía que elaborar un plan sólido para volver a encontrarse con Pessoa. Ya fuera real, un doble o fruto de una alucinación, tenía tanto que conversar con él. Anotó en su cuaderno los posibles lugares de la ciudad donde podría estar paseando. Si La Habana fuese la Baixa, ¿de qué calles no saldría nunca? ¿Cuál sería la cartografía de ese nuevo *Libro del desasosiego*? ¿La Rua dos Douradores podría tener su réplica en la calle Ánimas, Obrapía o Mercaderes? ¿Sería la calle Obispo lo más parecido a la Rua Augusta? ¿El café Martinho da Arcada tendría alguna similitud con El Floridita? ¿La plaza de Armas con la Praça do Comercio? Nunca había estado en Lisboa. En cuarenta y siete años, jamás había salido de Cuba, apenas salía de La Habana. Aferrada estaba al óxido y al síndrome de Estocolmo y a las fronteras de agua, pero tenía formada una imagen a gran escala de la capital portuguesa, de tanto como había leído y releído a su ídolo y a todos sus heterónimos.

En los siguientes días, descuidó sus compromisos y se puso a deambular por la Habana Vieja a diferentes horas del día, por los lugares más turísticos y por los más apartados. Buscaba a Pessoa con tal vehemencia que ya no se sentía débil o anémica, ni le pesaba la canícula. Si en su ruta se encontraba a algún escritor, no se detenía a conversar.

Por fin, un viernes a mediodía, lo divisó desde lejos, sentado en la terraza del Café el Escorial, en la Plaza Vieja. Llevaba el mismo sombrero de aquel día y estaba leyendo el diario *Granma*, con una copa de vino tinto. Lisette sintió impulsos de correr hacia él,

pero decidió sentarse bajo uno de los arcos y observarlo desde una distancia prudencial. Leía muy absorto, sin levantar la vista en ningún momento. Algunos turistas y camareros lo miraban con cierto asombro, pero nadie se decidía a entablar una conversación con él. Tras una hora larga, consultó su reloj de cadena, dejó unas monedas sobre la mesa, tomó su maleta antigua y enfiló hacia la calle Teniente Rey.

Lisette se incorporó de un salto y empezó a seguirlo, disimuladamente. Caminaba despacio y cojeaba bastante. Trató de recordar si Pessoa era cojo, pero no le sonaba ese dato. Ya en la plaza San Francisco, el hombre se detuvo y dudó unos instantes, girándose para observar todo el panorama. Delante del convento, abrió la maleta y sacó cuatro sombreros, que alineó con minuciosidad. Se dispuso a declamar:

—Señores, he llegado hasta La Habana a buscar a Ofelia. Me esperaba aquí, tejiendo y destejiendo los días, en un palacio decadente de la Habana Vieja.

«¡Ay Dios mío!», pensó. «Todas estas carreras por la ciudad, para dar con un loco, un cómico de la legua, un Fernando Pessoa impostado, pero ¿qué es eso? ¡Y ni siquiera habla en portugués!».

Al mirar de cerca sus facciones, comprobó el tremendo parecido con el Pessoa real, pero también rasgos diferentes, las facciones más duras, el bigote más espeso, el pelo canoso...

—«Seré yo, porque nada es imposible, varios traídos de otros mundos» —siguió declamando con voz de barítono, algo cansada y monótona y, al mismo tiempo, con la habilidad de un trintero, iba cambiando los sombreros para interpretar a los heterónimos. El sombrero negro era para Álvaro de Campos, el ingeniero naval que residía en Lisboa, «el más históricamente histórico de mí».

Lisette se colocó frente a él, pero no fue capaz de decirle nada. Arrojó en la maleta abierta los últimos pesos que llevaba encima y regresó caminando al Vedado. Mientras atravesaba el Malecón, fue consciente de que cerraba un círculo y de que nunca viajaría a Lisboa. Recitó para sus adentros, como un mantra, y con más sentimiento que nunca:

Oh, cielo azul —el mismo de mi infancia—.
¡Eterna verdad vacía y perfecta!
Oh, suave Tajo, ancestral y mudo,
¡Pequeña verdad donde se refleja el cielo!
¡Oh, dolor revisitado, Lisboa de otrora de hoy!
Nada me dais, nada me quitáis, nada sois que yo me sienta.

¡Déjenme en paz! No tardo, que yo nunca tardo...
Y mientras tardan el Abismo y el Silencio ¡quiero estar solo!

Cuando regresó a casa, su esposo le preguntó con un poco de sorna:

—¿Qué? ¿Lo encontraste? Ya me estaban empezando a dar celos de ese Pessoa tuyo. —Y pasó con indolencia una página del *Bhagavad Ghita*, mientras apuraba un cigarrillo de liar.